

EL CUENTO PREMIADO

UN HOMBRE DE EXPERIENCIA

P o r

ANTONIO OCAMPO

Entre los numerosos trabajos enviados en respuesta a la Convocatoria de la Revista UNIVERSIDAD, para el Concurso Permanente de Cuentos y Ensayos, hizo acreedor al primer lugar, a juicio de la Redacción de la Revista, el cuento intitulado "Un Hombre de Experiencia", por la fina ironía que muestra y la modernidad de su estilo ágil. Su autor ha resultado serlo el joven pasante de Ingeniería don ANTONIO OCAMPO.

I

NO pertenezco a ningún círculo de sociedad, no visto a la moda, no asisto a bailes, no juego al poker, no hago declaraciones amorosas, ni desvío jamás mis pasos tras las curvas delirantes de unas pantorrillas. Todo esto es muy natural, puesto que tengo veinticinco años—edad correctísima en que la razón adquiere su justo desarrollo—; tengo, además, desde hace tres meses, fija en la parte más visible de mi puerta, una placa dorada y reluciente con estas palabras sugestivas:

Juan López.

Ingeniero Civil.

Soy uno de esos individuos rarísimos que aún toman en serio los libros de Marden y escuchan los consejos de los viejos; en la calle cedo siempre la acera a las señoras y les ofrezco mi asiento en el tranvía. Observaciones sagaces, investigaciones disciplinadas en la vida y en los libros, han hecho de mí un hombre experto. Tengo una práctica muy razonable en mis relaciones con los demás y juzgo con suave tolerancia las ideas ajenas. En cuanto a las cuestiones fundamentales (por las que los hombres se odian hasta matarse, o se aman hasta casarse), amoldándome filosóficamente a la filosofía de cada uno, las uso a mi medida.

Opino que el Socialismo, no es más que un concepto elegante, puesto que sólo gentes de cierto linaje intelectual se dan el lujo de profundizarlo. Yo no lo comprendo, pero como aún no tengo cuenta corriente en el Banco, ni una quinta de recreo en Cuernavaca, ni un auto aerodinámico, constituyo lo que se llama "un buen camarada", asistente de "meetings" y manifestaciones de protesta.

La religión me parece un culto sencillísimo, tiene cierto valor ético y debe practicarse, para que la buena sociedad haga sobre nosotros ese juicio explotable que se llama "una buena opinión". Pro-

porciona algunas ventajas espirituales y resulta económico; por eso asisto a misa todos los domingos y como pesa sobre mí la herencia familiar de algunos siglos de liturgia, recito de memoria oraciones complicadísimas y me persigno con cierta desenvoltura.

En cuanto al amor—ese ingenioso artificio de la naturaleza—estoy al cubierto de sus acechanzas; pasé ya esa edad peligrosa en que se hacen versos, y pienso que una novia es sólo un artículo de lujo que colocamos bajo el brazo cuando vamos al cine; una compañera espiritual, pero que come bombones de chocolate; un juguete delicado que gusta de cosas poco prácticas como las flores y como los ensueños. He ahí por qué yo no tengo novia y por qué amo tierna y metódicamente a Clarita, la encantadora muchacha de ojos verdes, que odia las complicaciones sentimentales. Soy, en una palabra, un hombre de experiencia.

II

Esta historia inverosímil, comienza el sábado—ese día vulgarísimo en que van a la peluquería los jóvenes elegantes y juegan al cubilete los empleados de Gobierno y practican "el bridge" las señoras de buena sociedad y se bañan las criadas—. He ido al Bosque de Chapultepec en busca de reposo, ahí conozco un sitio delicioso, inaccesible a las niñas y a los enamorados. Hace una hora estoy instalado en un romántico tronco de cemento armado. Razonamientos complicados me han llevado a conclusiones sencillísimas; he agrupado las letras algebraicas y bellos polinomios; establecí las ecuaciones definitivas de un problema fundamental; aplasté tres mosquitos, y procedo a quitar denominadores, cuando a mis espaldas, acariciando el suelo, oigo algunos pasos lentos y minuciosos (como de alguien que caminara sobre la punta de los pies). Se trata de una mujer joven; una in-

significante mujercita rubia que pasa absorta en la lectura de un enorme libro, amarillento y burdo: "tipo científico", sin pastas de lujo, ni filos dorados. (Es desconcertante la actitud de una mujer bonita ante un libro útil: generalmente lo llevan al revés).

Yo, hombre a la altura del refinado siglo XX, que me doy el lujo de trazar carreteras, de construir puentes (más prácticos que los del diablo) y que discuto con desenvoltura las teorías de la Relatividad, no gasto mis emociones ante un espectáculo tan sencillo como una mujer bonita.

He de confesar, sin embargo, que ésta es una de esas mujeres extraordinarias, cuya sola presencia perturba con la inusitada ilusión de lo real, de lo natural. En su cara, de una blancura emocionante, no hay ni un afeitado; y su pelo, en anillos, moderadamente rubio, vaporoso y sutil, se aviva en la luz hasta hacerse francamente dorado.

A las mujeres encantadoras debe mirárseles muy de cerca; entonces se descubre "el truco" que desencanta definitivamente. Estas sagaces sugerencias de mi experiencia, me hicieron incurrir en la tentación de seguirla. (Es ya bien sabido que no hay nada tan inmoral como resistir a una tentación: se comete así el pecado imperdonable de deseársela siempre). —Cerré, pues, de mala gana mi libro de cálculos y paso a paso, la seguí, bostezando.

No me extrañó que no voltease, pues yo se que la indiferencia, en ciertas mujeres, es una especie de coquetería refinadísima. Ahora había abandonado el pulido asfalto de las calzadas, y con visible dificultad iba a través de los prados y de los matorrales. Yo, que no estaba dispuesto a perder el brillo de mis zapatos, iba a devolverme, cuando llamó mi atención un incidente singular: ya a la orilla del lago, un rosal —una de esas plantas envanecidas de sus flores— inclinándose con estudiada malicia sobre el agua, se hacía inaccesible. Así las rosas unían a su belleza natural un artificio completamente femenino: la castidad. Junto había muchas otras, pero ella, curvando la línea sencilla de su cuerpo, parecía decidirse por aquellas más blancas, honestas y delicadas. Su talle se había alargado hasta hacerse quebradizo. La escena me parecía pueril, pero ella iba a perder el equilibrio y mi instinto de hombre bien educado, me hizo avanzar hasta chapotear en el lodo, hundí entre las espinas mis dedos pitagóricos y en una caravana, lento y silencioso, hice la ofrenda delicada.

Lo inesperado de mi proceder no pareció sorprenderla, mi sensación no llegó hasta sus nervios. Apenas si me hizo el obsequio desdeñoso de una sonrisa que no desvió la línea recta de sus labios disciplinados, y se alejó sin prisa.

Entonces, con toda la desesperación que es capaz de sentir un hombre respetuoso de sí mismo, me di cuenta de mi horrorosa situación: el agua me llegaba hasta los tobillos, mi espina dorsal permanecía inclinada e inconscientemente chupaba mis dedos espinados, donde manaba un hilillo insignificante de sangre. Pensaba en el desdén tranquilo de su boca finísima, en la graciosa aristocracia de sus modales, en la elegante altivez de su porte, en su orgullo (orgullo específico "home made" como los prejuicios y las tiras bordadas) orgullo hereditario, que nuestra correctísima civilización eliminó entre los hombres, y ahora es apenas soportable entre los galgos rusos y los caballos de carrera.

Así era descortés mi pensamiento, mientras ajustaba mi paso resuelto, al suyo, "lento y minucioso". Ahora ya no la seguía: ella parecía empeñarse en ir delante de mí.

A cada momento esperaba verla desviarse definitivamente, pero por una de esas ironías inexorables del destino siempre paradójico, seguía fatalmente delante de mí. Al fin, con gran inquietud, la miro detenerse en una casa contigua a la mía. ¡La rubia desconocida es mi vecina!

III

El incidente de las rosas está ya a millones de años de mi imaginación. Anoche dormí bastante mal, dando vueltas en mi cerebro a cierto proyecto que alguna vez presentaré en la Academia de Ciencias. En el comedor, entre un par de huevos tibios y una taza de chocolate, me decidí por una cafiaspirina. Luego me ajusté a mi bata de trabajo, bostecé con buena educación, miré mi lengua en el espejo, y con el ceño fruncido, acabo de instalarme frente a mi mesa de dibujo. Estoy decidido a trabajar; precisamente por eso, un minuto después, la criada me anuncia una visita. Se trata de un grupo de personas desconocidas, que aguardan ya en la sala. Ahí encuentro un espectáculo poco emocionante: un grupo de señoras de tipo aristocrático, de miradas escrutadoras, de ademanes estudiados, de edad indefinible, de escotes moderadísimos, aguardan hundidas en los amplios confortables, mientras un señor calvo—de corte académico—permanece erguido bajo las líneas severas de una levita pulcramente *demodé*.

Con voz pausada, hace la explicación de su visita inexplicable: se trata de los vecinos más distinguidos de nuestro barrio aristocrático, constituyen lo que se llama una sociedad filantrópica con estatutos, cuotas fijas y fiestas de fin de semana. Hasta ellos ha llegado la fama de mi excelente reputación, de mi posición desahogada, de mis debilidades filantrópicas y algunas otras tonterías que yo mismo ignoro; por eso se han decidido y me

invitan a una fiesta donde se obsequiará a los niños.

Yo siento una antipatía instintiva por el hombre, durante esa edad imperfecta en que va a la doctrina, deletrea la cartilla, pinta las paredes y exhibe todas esas necesidades que las gentes de mala fe llaman gracias angelicales.

Y estoy decidido a expresar sin rodeos mi pensamiento. Estos señores van a oírme, cuando una señora gorda, con visible afición a los polvos de arroz e inquietante acento varonil, empeora así la situación:

—Obsequiaremos a los angelitos con dulces y juguetes.

Voy a explotar. Pero la señora, adelantándose a mi pensamiento, continúa con voz inesperadamente dulce:

—Y usted parece tan amable... Su aspecto es tan distinguido... su...

—Señora, no merezco tantos elogios, trataré de hacerme digno de ellos: cuenten incondicionalmente conmigo. ¡Adoro a los niños!

—¡Oh! En ese caso, mañana a las cinco lo esperamos en casa de la señorita Anicia. Ahí se tomarán las últimas disposiciones. ¡Habrás de y pastelillos!

Sin darme cuenta, acabo de adquirir un compromiso monstruoso: ¡Soy el colaborador de una fiesta infantil! Es necesario impedirlo, voy a defenderme... Pero el último de estos extraños personajes, haciendo la última genuflexión, acaba de abandonar la estancia.

IV

Efectivamente, esta historia sucede como suceden los cuentos: ¿Es necesario advertir que la casa de la señorita Anicia, es la casa vecina y que la señorita Anicia es la rubia desconocida? He sido recibido en un claro saloncito de paredes blancas, de muebles de mimbre y grandes ventanales, abiertos sobre un jardincillo donde se ven las últimas rosas de junio. Una inteligencia femenina, ha repartido idealmente los colores y las formas. "Aquí lo inaccesible ha sido decorosamente instalado en la realidad". Se goza de uno de esos ambientes falsos, con algo de costurero, de salón de lectura y de cuento de hadas, que sólo existen bajo la influencia de una bella mujer. (Ambiente espiritual para hablar de los primeros ensueños y de las últimas recetas de cocina).

Sobre una endeble mesita de mimbre hay una canastilla de costura y al fondo, un escritorio laqueado, y un estante donde hay probablemente hasta cien volúmenes, de mayor a menor, uniformados en "papel de gala" y en germánico alineamiento militar: una desconcertante biblioteca femenina, donde se hallan desde los soporíficos

tomos de química inorgánica, hasta los deliciosos cuentos de Villiers.

Mi espíritu positivo se halla incómodo entre tantas cosas delicadas, vaporosas y frágiles. Permaneceré exclusivamente el tiempo que exigen los manuales de urbanidad. Soporto con resignación hasta cinco presentaciones: cinco caravanas medioevales, cinco contactos con manos huesosas, cinco frases de refinada falsedad. Luego he tenido que ingeniarme para participar en una conversación ingeniosísima.

Las señoras oscilan deliciosamente entre el nuevo sistema de gobierno y el próximo estreno del "Ideal"; desmenuzan los últimos escándalos de sociedad, y proponen originales reformas políticas; opinan sutilmente de modas y discuten acaloradamente las ventajas de la sopa de tapioca sobre el caldo de habas.

Estas divagaciones adquieren de pronto consistencia. Alguien ha pronunciado el nombre de la señorita Anicia. Ahora se escucha sólo un murmullo de burbujeante admiración, que apenas domina el acento varonil de la dama aficionada a los polvos de arroz:

—Sin la señorita Anicia es imposible toda iniciativa, ella es el alma de nuestras reuniones.

—Fue suya la idea de obsequiar a los niños... suspira una voz.

Otra—lenta y pausada—agrega sin consideración:

—Es un ángel de pureza.

—Es una de esas mujercitas adorables, que adoran a los niños... lograda esta frase, un señor calvo—el de corte académico—tose doctoralmente.

La señora de la casa, escucha emocionada hasta el silencio, hasta los ojos húmedos, hasta la vaguedad en la sonrisa.

...Y los cerebros siguen destilando.

Cierto joven "de buena familia", "buen partido" auténtico, con prestigio literario e inteligencia de cirujano dentista, comienza este escalofriante amontonamiento de adjetivos:

—Es bonita, inteligente, instruída...

Para detenerlo, me veo en la penosa necesidad de agregar:

—Yo apenas la he visto. Físicamente es encantadora: esbelta, flexible, elegante. En el corte clásico de su belleza se advierte la influencia de una casta ilustre. (He dicho esto sin remordimientos, lo mismo, después de todo, puede decirse de ciertos perros de raza).

En ese instante crece el murmullo: —el murmullo burbujeante—"ella" acaba de llegar.

Tomando muy en serio su papel de heroína, se aproxima a nosotros, con el aire terriblemente tranquilo de las gentes que suelen lograrlo todo

con su personalidad. Su pelo ligero, da la sensación de estar recién lavado. Naturalmente, ella no ha tenido la culpa de tanto retraso: ¡Ese Correo Mixcoac! Habíamos aguardado más de una hora; las disposiciones se toman en diez minutos.

Yo había quedado excluído de todo compromiso, si por un giro inesperado de la conversación, insubstancial y vago, no me hubiese expresado con increíble elocuencia, de ciertas rosas blancas que la señora Balme hace cultivar en su Quinta de Tlálpan, y que luego, sonriendo maternalmente, deja cortar a cambio de unos cuantos billetes (de los grandes).

Perdiendo toda su gravedad, la señorita Anicia ha dicho con inusitado entusiasmo infantil:

—Sí, es necesario que haya también muchas flores; yo misma iré con usted... traeremos un carro lleno.

V

Contra mi costumbre, hoy me levanté muy de mañana. Por primera vez me preocupa el problema de elegir un traje; instalado frente al espejo, advierto la rudeza de mi cutis quemado, rehago tres veces el nudo de mi corbata, atormento mi pelo hasta hacerlo espejeante, y salgo a la calle con apresuramiento de empleado público. Luego, recostado con indolencia ante el volante de un Ford V 8, de dos asientos, aguardo frente a la casa de la señorita Anicia. En mi cerebro analítico, desmenuzo pacientemente una idea; para expresarla con exactitud, uso las cuatro operaciones fundamentales: sumo y resto palabras, las divido y las multiplico con inspiración matemática. Espero sorprenderla con bellas frases mundanas, pero depuradas y frías, como mi pensamiento:

“Es usted una de esas criaturas adorables, a las que Dios, allá de siglo en siglo, se toma la molestia de modelar personalmente, y que luego, galante y malicioso, instala refinadamente en la tierra para eterna desesperación de las mujeres feas y de los hombres soñadores. Pero yo...” En este instante hace su aparición. Se ha detenido un segundo y logra el efecto del fondo muy verde de las enredaderas. Hay tal pureza en su aspecto de colegiala y tanta sencillez en su vestido escrupulosamente blanco, que mis frases complicadas y yo, quedamos reducidos a un punto. Afortunadamente, tampoco ensayo las vulgares frases de cortesía: me salva la extraordinaria ligereza con que acaba de instalarse junto a mí.

Diez minutos después vamos en plena carretera. Sin olvidar el espidómetro que marca ya 90 kilómetros, mi mente va captando el interesante fenómeno de física, que convierte la calzada de Tlálpan en dos líneas verdes, huyendo a nuestros flancos. Ella se va animando lentamente, ha pa-

sado del silencio obstinado a la charla ligera. El fenómeno elemental la exalta hasta la metafísica.

Su fantasía la coloca plácidamente entre las nubes, hace incursiones rapidísimas en el infinito, y otra vez se precipita en la tierra, de nuevo junto a mí, entre los cojines de borra. Entonces habla de la pureza de los contornos, de las flores, de la mañana, del cielo azul. (Las mujeres piensan que todos los hombres tienen obligación de interesarse en esas cosas insignificantes que forman su vida). Sus palabras ligeras—“como mariposas”—y su pelo, flotan abandonados al viento.

Pero nuestro viaje fantástico termina. Ahora en la Quinta, en Tlálpan, frente a la risa maternal de la señora Balme, nos entregamos a la humilde tarea de seleccionar las rosas. La señorita Anicia se ha empeñado en cortarlas personalmente, y hunde entre las espinas sus dedos confiados. Desde la sombra yo la observo minuciosamente y, muy a mi pesar, siento surgir en mí esa inexorable necesidad de fantasía, que todos los hombres—aun los ingenieros—llevan dentro. Dejo la sobriedad de mi línea recta y me abandono en la curva limitada y ligera de todos. Sin embargo, nada anormal ocurre junto a mí: las flores ceden en silencio, el follaje quieto no obedece al viento y el cielo es tan azul, que hace bostezar... Pero ella, rubia y soleada, parece luminosa bajo el clásico sombrero adornado con margaritas, que llevan todas las heroínas en los poemas de Francis Jammes. Acabo de notar que tiene el talle alto y los hombros móviles.

Para alejar el peligro de mis divagaciones, me decido y la ayudo a pesar del profundo respeto que ahora me inspiran las espinas. En un segundo pasa una hora. Ha desparramado su cosecha de flores, y con la solemnidad ligera de las gentes que han vivido muy poco (ella es una mujercita de 200 meses) las va combinando en un ramillete que luego ajusta en su corpiño, junto a la nieve del escote. “Las mujeres bonitas, cuando se adornan con flores, se hacen adorables”. Va a pensar que es verdad esta mentira deliciosa; sin embargo, yo tengo obligación de decirla, de lo contrario, cometería una imperdonable falta de delicadeza. Pero está tan lejos de la realidad, que ni siquiera me escucha: abandonó su sombrero—el enorme sombrero adornado con margaritas— y *ahorita*, directamente bajo el sol, en un arco tenso de su cuello blanquísimo, acaba de echar hacia atrás todo el prestigio de su pelo dorado, y lo sacude con la encantadora naturalidad de las mujeres que son encantadoras. Para fijar este instante, yo “recorto una imagen” que resulta extraordinaria en una época, bajo la influencia de Jean Patou y de Max Factor. Es una imagen *demondeé*, pero seguramente serviría para ilustrar un libro

de cuentos. Su rostro resplandeciente, su pelo sin artificios y la emocionante sencillez de su vestido de muselina blanca, la colocan en ese lugar privilegiado que tenían las hadas en los poemas orientales.

Una herida infinitesimal en su mano blanda, es enorme pretexto para que yo desahogue mi rencor por las espinas.

—Las espinas son únicamente “tretas femeninas”—. Son sus prejuicios, a ellas deben las rosas el cincuenta por ciento de su personalidad.

Expresada esta idea filosófica, la señorita Anicia, vuelve a su actitud de colegiala, a su aspecto tranquilo, a su ensueño ligero.

Los puntos geométricos del tiempo (que dirían los escolásticos) pasaron sin que yo lograra darme cuenta: son ya las dos de la tarde. Instalados triunfalmente entre rosas, regresamos a la realidad a 90 kilómetros por hora.

Para tener éxito entre las mujeres, basta con ingeniarse en aparecer necio: desde entonces, la he visitado frecuentemente; vamos algunas veces al cine; me intereso siempre en sus conversaciones; jamás la contradigo, y como “tiene la inteligencia de la música y razona sutilmente” asistimos juntos a conciertos y conferencias y le presto libros de buena literatura. Además, puesto que la ilusión tiene entre ellas un gran prestigio, reconozco que es necesario engañarlas (nunca per-

donan al hombre que no las engaña). Por eso llegamos hasta concertar citas medioevales a la luz de la luna, le obsequié lindos ramos de violetas, y perturbé su sueño con románticas serenatas.

Pero todo esto no es más que el desarrollo ordenado de un plan trazado de antemano; un conocimiento más, una nueva experiencia para afirmar mi personalidad. Estoy muy lejos de interesarme formalmente y tal vez ella va a tomarme en serio. Como soy un caballero, tengo obligación de mostrarme íntegramente. Esta misma noche conocerá mi modo de pensar.

...Y esa misma noche, la señorita Anicia y yo, interesadísimos en una conversación sin importancia, fuimos a pasear bajo los árboles de su jardín. Era una de esas noches clarísimas, en que las estrellas parecen recobrar su influencia legendaria sobre los hombres. Bajo esa influencia lejana y suave, pronuncié yo dos palabras temblorosas, inciertas, “quebradizas”; pero como consecuencia de ellas, algunas semanas después circulaban entre “nuestros íntimos”, cincuenta esquelas estilizadas, en papel de lino, en bellas letras góticas y en estos términos escalofriantes:

El señor Juan López y la señorita Anicia W. R. participan a usted su enlace, etc., etc...

Y así fue como yo, hombre de experiencia, caí rendido ante la más común de las inexperiencias.

HUMANISMO Y FILOSOFÍA EN MÉXICO

HUMANISMO y filosofía son dos conceptos esenciales en la trayectoria espiritual de México, aun cuando alguna vez sean tan sólo palabras apuntadas hacia una intención inactual, fórmulas sin contenido, recuerdos o deseos; así y todo, fueron y son esos conceptos el índice que marca rutas exactas al espíritu nacional, el cual es como es y como fue hecho, cuyo genio y figura no puede mudarse sin consentir en la renuncia de su ser, en el trueque por otro espíritu, en la desvinculación de este peculiar organismo que se nos da como nación aquí y ahora, con tradición y destino específicos.

Porque lo nacional mexicano no es lo indígena, ni lo europeo, ni menos aún, dentro de lo europeo, lo inglés utilitarista ni sus derivaciones al activismo y la especialización angloamericanos que, en nuestras crisis de filisteísmo, en las más dolorosas etapas de nuestra evolución, hemos querido adaptar ciega e ilusionadamente. (Se rozan estas ideas con las exposiciones de Alfonso Reyes: “Discurso por Virgilio”. (Homenaje de México al poeta Virgilio... 1931, pág. 385); Samuel Ramos: “El Per-

P o r A G U S T I N . Y A Ñ E Z

fil del Hombre y la Cultura en México”. México. 1934; José Vasconcelos: “De Robinson a Odiseo-Pedagogía Estructurativa”. Madrid. 1935).

Cuando, derrotado el positivismo, estamos siendo víctimas de nuevo asedio por el pragmatismo sajón, interesado en desfigurar la fisonomía mexicana con golpes directos a la frente y al perfil de nuestra educación (gestión y rastro de Moisés Sáenz a su paso por el Ministerio de Educación Pública), habrá de defendernos la renovación profunda y maciza de nuestras escuelas por el humanismo y la filosofía. Y ha de ser la Universidad el adelantado en esta marcha contra especialismo y pragmatismo.

Pero tal renovación exige energía en el obrar y autenticidad en el contenido de los conceptos, porque como ya se apuntó líneas arriba, a nuestro humanismo le ha faltado la más honda y urgente significación, ni nuestra filosofía ha sabido abrir anchurosamente el campo de sus actividades espi-